

Silvia Montemurro

*Búscame
en el
viento*

lóbveda

Título original: *Cercami nel vento*

Primera edición: 2017

© Silvia Montemurro

License agreement made through Laura Ceccacci Agency S.R.L.

© traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2017

© de esta edición: Algaida, 2017

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-46-3

Depósito legal: SE. 544-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo. Todo tiene un principio o lo que...	13
1. El color violeta de la noche, a vuestra edad	19
2. Guapísimo es poco	33
3. Como una ola que llega a la playa	47
4. Las mujeres saben conducir	59
5. Antes de que sea demasiado tarde	73
6. El primer resplandor	85
7. Cuando te das cuenta de que llevas una espina...	93
8. Minúsculas gotas de felicidad	101
9. Feliz cumpleaños, Camilla	107
10. Observando los detalles con atención	119
11. Una ciudad mágica	127
12. Las personas que te entienden reconocen...	141
13. Cuando dos se aman	153
14. Lo que no se dice	161
15. El corazón no conoce el instinto de supervivencia...	169
16. ¿Tú crees en el amor?	177
17. Por favor, no me dejes	185
18. Espérame aquí, donde te estoy dejando	197
19. ... que no queremos una historia y después...	207
20. Cuando lo tienes tú	219
21. Puedes confiar en mí	227
22. Mientras te estás ahogando, alguien te tiende ...	237
23. Háblame, amiga mía	245
24. El amor, cuando llega	255

25. Los chicos del tornillo	261
26. Cuando dos tienen un dolor en común	269
27. Dondequiera que vayamos	277
28. Si él, si ella...	285
29. Siempre habrá derrotas	295
30. Los puños siempre arriba, pequeña	307
31. Adiós, Marco	315
32. No seas orgulloso	321
33. Algo que quisiera ser amor	329
34. Hay límites que ni siquiera la amistad puede superar	337
35. No sé qué hacer si tú no estás conmigo	345
36. Llega un momento en que una sola es la que cuenta	355
37. La que un día fui	367
38. No es como un golpe que te das en la cabeza	375
39. Adoro tu forma de ver el mundo	385
40. Si tú estás conmigo	395
41. Cuando el pasado vuelve y nos obliga a afrontarlo	403
42. Te estaba buscando	411
43. Irme de aquí	419
44. No eres la única que tiene un secreto	427
45. Cuando el destino nos llama	433
46. He encontrado a una persona especial	441
47. En la otra parte de la calle	451
48. Ya estoy en casa	463
Epílogo. Todo lo que empieza, termina...	471
Agradecimientos	477

*A los solitarios
y a los que buscan el amor verdadero.
No sois tan distintos.*

*Siempre vienes del mar,
con su voz ronca.
Siempre tienes ojos secretos
de agua viva entre zarzas,
y frente baja, como
cielo bajo de nubes.
Siempre revives,
como algo antiguo
y salvaje que el corazón
ya conocía y se oculta.*

CESARE PAVESE

PRÓLOGO
TODO TIENE UN PRINCIPIO
O LO QUE SE SUELE LLAMAR...

HABÍA ALGO FASCINANTE EN LAS PERSONAS SOLAS. A Teo le gustaba observarlas mientras esperaban el autobús, buscaban una calle o miraban el escaparate de una tienda para después verse reflejadas y bajar la mirada. La soledad era sin duda un estado más interesante que muchos otros. Cuando estaban en compañía, las personas tendían a no mostrarse realmente como eran. Él lo aprendió muy pronto, en casa de la abuela Giuseppina, donde lo dejaban aparcado de pequeño, un día sí y uno no, según los turnos de trabajo que tuviera su padre. No había nada que hacer en la casa de la abuela y no le dejaban ver la televisión más de una hora seguida; el resto del tiempo se lo pasaba con la nariz pegada a la ventana que daba a la playa. Todos los días, desde aquella ventana, Teo descubría algo nuevo y extraordinario, más interesante que lo que se podía aprender en un libro de texto. Muy pronto empezó a catalogar a las personas que paseaban por la playa según la forma en que se relacionaban con los demás.

Estaban las que no eran capaces de estar solas. La señora del caniche, por ejemplo. Según Teo, tenía que ser viuda o sol-

tera, o a lo mejor su pareja salió un día a comprar tabaco y no volvió —como su abuelo, el marido de Giuseppina—, y desde entonces la señora del caniche no sabía estar sola. Caminaba por la playa con cuidado de no perder de vista a su querido perrito y, cada vez que el caniche se alejaba, ella lo llamaba a gritos y enseguida le ponía la correa. Intentaba llamar la atención de todos los que pasaban aunque solo fuera para intercambiar dos palabras con ellos y, si lo conseguía, se le iluminaba la cara y hacía de todo con tal de no dejarlos escapar. Teo, desde aquella ventana, había visto a gente que, para evitar las charlas extenuantes de la señora del caniche, se había inventado las excusas más absurdas. Un hombre, una vez, hasta fingió un repentino desmayo.

La segunda categoría, tan común como la primera, era la de los que fingían ser felices. Había visto a mucha gente así desde la ventana. Mientras estaban solos, el cuerpo lanzaba señales inconfundibles: tenían los hombros hundidos, las manos en los bolsillos, como si quisieran ahogar un recuerdo, y la mirada perdida en el mar, buscando una respuesta. Una vez, Teo vio a una chica tan triste que le entraron ganas de bajar a consolarla, preguntarle qué le pasaba o incluso darle un abrazo. Hasta habría aguantado el castigo de la abuela Giuseppina por haber salido solo si no hubiera sido porque, cuando ya se estaba bajando del taburete, la chica levantó un brazo y sonrió. Él se paró a observarla. Ella echó a andar hacia un chico, lo abrazó y lució una de aquellas sonrisas *ocul-tatristerza* típica de las personas que quieren hacerte creer que están contentas aunque se les esté hundiendo el mundo y no puedan más. Teo no estaba seguro de si aquella era la mejor categoría o la peor, porque era imposible saber si realmente podías fiarte de esas personas. Delante del novio, la chica triste se transformó; sin embargo, mientras estaba sola había



mostrado sus verdaderos sentimientos porque creía que nadie la estaba viendo.

La categoría de los que no te miran a los ojos era sin duda la más peligrosa. Teo los distinguía enseguida. Normalmente, si estaban en compañía, ellos eran los que llevaban la conversación. No dejaban de gesticular y miraban a todas partes con tal de no mirar a los ojos a su interlocutor, que intentaba interceptar una sílaba comprensible del millón de palabras que pronunciaban. Eran realmente irritantes. Lo mejor era que cuando estas personas se quedaban solas, se volvían todavía más insoportables. Mascullaban como si se perdieran en un soliloquio, farfullaban hacia el mar, se paraban a recoger conchas que tiraban un poco más adelante, intentando hacerlas rebotar sobre las olas como si fueran piedras. Teo no entendía cómo conseguían ignorarse incluso a sí mismas.

Después estaban los que, al estar con otros, desaparecían. A Teo le caían mejor que los demás porque le parecían modestos. Tal vez fuera porque desde donde él estaba lograba entrever cosas que nadie veía estando abajo, en la playa. El mar, ya se sabe, confunde. Le pasó una vez, cuando vio a unos niños jugando al fútbol. No le pasaban nunca el balón al niño rubio y delgado —el último en llegar, probablemente—, que gritaba para que lo vieran, pero parecía que no lo oía nadie. Ni siquiera jugaba mal, el rubio, pero los otros, musculosos y compenetrados, sencillamente lo excluían del juego. Hasta Teo, que estaba concentrado en el partido, tardó un poco en reparar en él. Cuando los demás se fueron, el rubio se puso a pelotear solo y Teo se quedó boquiabierto: aquel niño era un fenómeno con el balón. Aquello le hizo entender que, muchas veces, la primera persona que adviertes en un grupo podría ser la menos interesante. Así pues, Teo aprendió a distinguir a este tipo de personas especiales, que tendían a pasar desapercibidas entre los demás.

La categoría más difícil de reconocer era la de los que buscaban el verdadero amor. No era fácil distinguirlos de los que solo querían divertirse o de los que buscaban compañía porque no sabían estar solos. Sin embargo, con un poco de práctica, Teo se dio cuenta de que las personas que deseaban enamorarse se quedaban ensimismadas mirando las olas y la espuma blanca que chocaba contra las rocas y dejaban de seguir la conversación. Aprendió a reconocerlas también en otros lugares, cuando empezó a observarlas hasta en el colegio y, más tarde, al crecer, en el trabajo. Todas tenían la misma actitud, una mezcla entre aturdimiento, inquietud y despiste. Parecía que estaban siempre en su mundo y sin embargo estaban allí, listas para reconocer a otra persona especial que pasara a su lado, aunque a menudo no lograban distinguirla. Sí, estaba seguro, aquella era la categoría más difícil de distinguir porque esas personas casi nunca eran conscientes de lo que estaban buscando. Teo pensaba que a lo mejor algún día él también podría caer en esa categoría, en la de los que están listos para enamorarse pero no se dan cuenta. A veces hace falta mirar las cosas desde la debida distancia.

Lo que cambió para siempre la perspectiva de Teo fue un hombre que le pareció muy distinto a los demás. La primera vez que lo vio se sintió desorientado. Aquel hombre, con un libro debajo del brazo y una toalla en la otra mano, no correspondía a ninguna de las categorías anteriores. Caminaba despacio, sin gestos o movimientos particulares y con la mirada vuelta hacia el mar, pero con expresión atenta, no ensimismada. Parecía sentirse en paz consigo mismo. Extendió la toalla en el punto exacto en el que las olas no llegaban a mojar la arena, abrió el libro y pasó una infinidad de tiempo inmerso en aquellas palabras sin levantar jamás la cabeza. De vez en cuando, llevado por un movimiento inconsciente, cambiaba de pos-



tura o cruzaba una pierna. Unas dos horas más tarde cerró el libro y volvió a mirar a su alrededor como si no reconociera el lugar que había elegido, como si hubiera llegado hasta allí por casualidad. Se levantó y volvió por el mismo camino, con el mismo paso lento y seguridad en la mirada.

Teo pensó que tenía que existir otra categoría, la de las personas que se sienten bien consigo mismas. Eran tan pocas que podía pasarse días enteros sin cruzarse con ninguna. Pero ahora que lo sabía, estaba dispuesto a prestar la máxima atención.

Desde aquel momento, Teo decidió que si algún día tenía que formar parte de alguna de aquellas categorías, aquello era exactamente lo que él quería ser: un solitario.